

CAP 11

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 11

El Espíritu Santo

Mark D. McLean

La encomienda recibida por la Iglesia del siglo veinte consiste en predicar todo el evangelio. Lo que se necesita no es un evangelio diferente, sino la totalidad del evangelio, tal como aparece escrito en el Nuevo Testamento. Insistimos en esto, porque se ha descuidado la figura del Espíritu Santo a lo largo de los siglos, y a nosotros nos ha tocado la tarea de comprender de nuevo su persona y su obra, tal como están reveladas en la Biblia y son experimentadas en la vida de la Iglesia hoy. El mensaje del evangelio completo proclama la centralidad de la obra del Espíritu Santo, como el agente activo de la Trinidad en la autorrevelación de Dios a su creación. El mensaje del evangelio completo dice que Dios continúa hablando y obrando hoy, tal como lo hizo en los tiempos del Antiguo Testamento y del Nuevo.

El mensaje del evangelio completo es más que una sencilla declaración de que las lenguas y los otros dones que se mencionan en la Biblia están a la disposición del creyente hoy. A lo largo de toda la historia de la Iglesia ha habido brotes de fenómenos pentecostales. Muchos de estos brotes comenzaban dentro de la Iglesia como movimientos de reforma o de santidad. Estos movimientos iban quedando a lo largo del camino, porque no tenían acceso a las Escrituras. Las Biblias eran extremadamente caras y estaban literalmente encadenadas en las iglesias.

Se pensaba que sólo los miembros del clero tenían la preparación y el acceso a la verdad espiritual necesarios para permitirles el manejo de las Sagradas Escrituras. Sin acceso a las Escrituras, el pueblo comenzaba a confundir sus emociones con el Espíritu Santo. Sin la Biblia para que formara las vallas de la senda recta y estrecha, estos grupos se desviaban muy pronto de la senda y se salían de ella.¹

Una de las razones de la longevidad y el éxito del movimiento pentecostal en el siglo veinte es el acceso abierto a la Biblia, nuestra regla infalible de fe y conducta. Admitimos que nuestras interpretaciones de la Biblia son claramente falibles con demasiada frecuencia, aun cuando hayan sido hechas con mucho cuidado y oración. Con todo, sin las Escrituras como guía canónica sobre quién es Dios y cuáles son sus

propósitos, podemos desviarnos fácilmente del camino.²

La tarea de proclamar el mensaje del evangelio completo no es fácil. Vivimos en un mundo en el cual los secularistas y los académicos teológicamente liberales de algunas de las universidades más prestigiosas han proclamado que la fe bíblica tradicional en un Dios personal es peligrosa para la continuación de la existencia humana. Alegan que no hay un Dios que esté activamente dedicado a la redención del mundo, ni de los seres humanos individualmente. Los secularistas claman por una abolición de toda religión. Los teólogos liberales piden la demolición de los elementos tradicionales en la fe judeocristiana: la Biblia, Dios y Jesucristo. Quieren reemplazarlos o redefinirlos a la luz de su creencia de que nadie nos puede salvar de nosotros mismos. Dicen que la continuación de la existencia de la raza humana se halla exclusivamente en las manos de los seres humanos.³

Encontramos una consecuencia de esta visión del mundo teológicamente liberal en el texto de [Génesis 1:2](#). La versión [NEB](#) ha traducido este versículo diciendo que “un poderoso viento barría la superficie de las aguas” (véase también la [NRS](#)). En la nota de pie de página encontramos: “Otros, *el Espíritu de Dios*”. Después de haber decidido que el Antiguo Testamento no contiene indicación alguna de que el Espíritu Santo haya sido agente en la creación, tal como aparece en el Nuevo Testamento, los traductores se limitaron a cambiar “espíritu” por “viento”, y “Dios” por “poderoso”. No he podido hallar ninguna traducción paralela en el texto canónico que pudiera sugerir una traducción así.⁴

La tarea ha sido complicada aún más por comprensiones incorrectas sobre la obra y la persona del Espíritu Santo, que han sido circuladas consciente o inconscientemente por toda la Iglesia en general. Aquí se incluyen interpretaciones inexactas sobre el papel del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, así como sobre la relación del creyente con el Espíritu Santo antes y después de la conversión, y antes y después del bautismo en el Espíritu Santo.

El capítulo sobre la Trinidad estudió el tema del lugar del Espíritu Santo dentro del ser divino. No se puede añadir mucho más. Dios se ha revelado como una Trinidad. Hay un solo Dios, pero tres Personas: un Dios, no tres; no un Dios con un desorden de personalidad múltiple. Para comprender la doctrina de la Trinidad, necesitamos aceptar que la autorrevelación de Dios en la Biblia nos obliga a pasar por alto las leyes ordinarias de la lógica.¹ La doctrina de la Trinidad proclama que Dios es

uno y, sin embargo, tres; es tres, y sin embargo, uno. Esto no significa que el cristianismo haya abandonado la lógica y el razonamiento. En lugar de esto, aceptamos el hecho de que la doctrina de la Trinidad se refiere a un Ser infinito que se halla más allá de una comprensión total por parte de sus criaturas finitas.

Esto nos hace regresar a la función del Espíritu Santo como el agente activo de la Deidad en sus relaciones con la creación. Sin la actividad continuada de Dios a través del Espíritu Santo, sería imposible tener conocimiento de Él. Aunque muchos teólogos han tratado de describir los atributos de Dios a partir de la teología natural, o de la teología escolástica,² no han podido describir correctamente los atributos o los propósitos de Dios. La única forma de conocer a una persona, incluyendo a Dios, es a base de saber lo que esa persona ha dicho y hecho. La Biblia nos dice lo que Dios ha dicho y hecho. Además, la obra continuada del Espíritu Santo nos revela lo que Él sigue diciendo y haciendo hoy.

11.1 EL ESPÍRITU SANTO EN LAS ESCRITURAS

11.1.1 *Los títulos del Espíritu Santo*

Para muchos en nuestra sociedad, los nombres no tienen ya la importancia que poseen en la literatura bíblica. Los padres les ponen a sus hijos el nombre de parientes, amigos o personalidades del cine, sin que piensen realmente sobre el significado de dicho nombre. Es posible que unos padres le pongan “Miguel” a su hijo, sin tener conocimiento alguno del significado original de este nombre (“¿Quién como Dios?”).¹ Es posible que unos padres que tengan un tío favorito llamado Samuel (“Su nombre es Dios”), le pongan ese nombre a su hijo. Para un israelita, el nombre de Samuel proclamaba que el que lo llevaba era un adorador de Dios.

Los nombres y títulos del Espíritu Santo nos revelan mucho acerca de quién es Él.² Aunque el nombre de “Espíritu Santo” no aparece en el Antiguo Testamento,³ se usan una serie de títulos equivalentes. El problema teológico de la personalidad del Espíritu Santo gira alrededor del tema de la revelación y comprensión progresivas, así como la forma en que el lector comprenda la naturaleza de la Biblia. El Espíritu Santo, como miembro de la Trinidad, de la forma en que lo revela el Nuevo Testamento, no está revelado en la Biblia hebrea. Sin embargo, el hecho de que la doctrina sobre el Espíritu Santo no esté plenamente revelada en la Biblia hebrea no cambia la realidad de su existencia y obra en los

tiempos del Antiguo Testamento. La tierra nunca ha sido el centro físico del universo. Con todo, hasta que las observaciones sobre la creación de Dios por parte de Copérnico, Galileo y otros demostraron lo contrario, tanto los teólogos como los científicos de su era creían que la tierra era el centro del universo.⁴

Como hemos indicado anteriormente, aún no ha habido nadie, entre los que han recibido la autorrevelación de Dios, tanto en la Biblia como en la creación, que haya podido captar de manera total cuanto Dios dice o hace. La comprensión que se tuvo después de la resurrección acerca del Siervo sufriente, tal como queda resumida en la explicación de Felipe sobre [Isaías 53:7–8](#) al eunuco etíope ([Hechos 8:26–40](#)), no era una revelación nueva, sino una comprensión más exacta de una revelación antigua.¹

El título más frecuente en el Antiguo Testamento es “el Espíritu de Yahwé” (heb. *ruáj YHWH [Yahwé]*), o como se suele encontrar en numerosas traducciones antiguas: “el Espíritu del Señor”. A la luz del ataque contra la presencia del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, quizá deberíamos utilizar el nombre personal de Dios, “Yahwé”, en lugar del título “Señor” (con el que lo sustituyeron los judíos después de los tiempos del Antiguo Testamento). Lo importante es que uno de los significados de *Yahwé* es “Aquél que crea, o trae a la existencia”.² Todo uso del nombre *Yahwé* es una afirmación sobre la creación. La expresión “Señor de los ejércitos” está mejor traducida como “Aquél que crea los ejércitos”. Esto se refiere a los ejércitos de los cielos (tanto estrellas como ángeles, dependiendo del contexto) y a los ejércitos del pueblo de Dios. El Espíritu de *Yahwé* estuvo activo en la creación, tal como lo revela [Génesis 1:2](#), refiriéndose al “Espíritu de Dios” (heb. *ruáj ‘elohim*).

Encontramos un rico conjunto de títulos del Espíritu Santo en Juan 14–16. En el [14:16](#), Jesús dice que enviará otro Consolador, Ayudador o Consejero.³ La obra del Espíritu Santo como Consejero incluye su papel como el Espíritu de verdad que habita en nosotros ([Juan 14:16](#); [15:26](#)), como maestro de todas las cosas, como el que nos recuerda todo lo que Cristo ha dicho ([14:26](#)), como el que dará testimonio de Cristo ([15:26](#)), y como el que convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio ([16:8](#)).

En las Epístolas encontramos varios títulos del Espíritu Santo: “Espíritu de santidad” ([Romanos 1:4](#)); “Espíritu de vida” ([Romanos 8:2](#)); “Espíritu de adopción” ([Romanos 8:15](#)); “Espíritu Santo de la promesa” ([Efesios 1:13](#); traducido también como el “Espíritu Santo prometido”); “Espíritu

eterno” (Hebreos 9:14); “Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29); y “Espíritu de la gloria” (1 Pedro 4:14).

11.1.2 Los símbolos del Espíritu Santo

Los símbolos nos dan imágenes concretas de cosas que son abstractas, como la Tercera Persona de la Trinidad. Los símbolos del Espíritu Santo también son arquetipos. En la literatura, un arquetipo es un carácter, tipo, tema o símbolo que aparece una y otra vez y que se puede encontrar en muchas culturas y momentos. En todas partes, el tiempo representa a fuerzas poderosas, aunque invisibles; el agua clara y corriente representa el poder que sostiene la vida y refresca a los que están física o espiritualmente sedientos; el fuego representa una fuerza purificadora (como en la purificación de los minerales metalíferos) o una fuerza destructora (usada con frecuencia en los juicios). Estos símbolos representan realidades que son intangibles, pero verdaderas.¹

El viento. La palabra hebrea *ruáj* tiene una notable amplitud semántica. Puede significar “aliento”, “espíritu” o “viento”. Se usa paralelamente a *nefesh*. El significado básico de *nefesh* es “ser viviente”; esto es, todo lo que respire. Su amplitud semántica se desarrolla a partir de aquí, para referirse a prácticamente todos los aspectos emocionales y espirituales de un ser humano vivo. *Ruáj* toma parte de la amplitud semántica de *nefesh*. Así, en Ezequiel 37:5–10, vemos que algunas traducciones ponen “aliento”. En el 37:14, *Yahwé* explica que Él pondrá su Espíritu en Israel.

La palabra griega *pnéyma* tiene una amplitud semántica casi idéntica a la de *ruáj*. El símbolo del viento lleva consigo la naturaleza invisible del Espíritu Santo, tal como vemos en Juan 3:8. Podemos ver y sentir los efectos del viento, pero el viento en sí es invisible. Hechos 2:2 usa con gran fuerza la imagen del viento para describir la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

El agua. Como el aliento, el agua es también necesaria para sostener la vida. Jesús prometió ríos de agua viva. “Esto dijo el Espíritu” (Juan 7:39). Vitales en la jerarquía de las necesidades físicas de los humanos, el aliento y el agua son igualmente vitales en el ámbito del Espíritu. Sin el aliento que da vida, y las aguas del río del Espíritu Santo, nuestra vida espiritual quedaría ahogada muy pronto y se agotaría por completo. La persona que se deleita en la ley (heb. *Torá*, “instrucción”) de *Yahwé* y medita en ella de día y de noche es “como árbol plantado junto a corrientes de aguas ... su hoja no se cae” (Salmo 1:3). El Espíritu de verdad fluye desde la Palabra

como agua viva que sostiene, refresca y da poder al creyente.

El fuego. El aspecto purificador del fuego queda claramente reflejado en [Hechos 2](#). Mientras que es un carbón tomado del altar el que purifica los labios de Isaías ([6:6–7](#)), en el día de Pentecostés, las “lenguas de fuego” simbolizan la llegada del Espíritu ([Hechos 2:3](#)). Se usa este símbolo una sola vez para describir el bautismo en el Espíritu Santo. El aspecto más amplio del fuego como agente limpiador se encuentra en la declaración o profecía de Juan el Bautista: “Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” ([Mateo 3:11–12](#); véase también [Lucas 3:16–17](#)).

Esto tiene su aplicación más directa a la separación del pueblo de Dios con respecto a aquéllos que han rechazado a Dios y su Mesías y que sufrirán el fuego del juicio.¹ Sin embargo, el fuego ardiente y purificador del Espíritu de Santidad está obrando también en el creyente ([1 Tesalonicenses 5:19](#)).

El aceite. En su sermón a Cornelio, Pedro afirma: “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret” ([Hechos 10:38](#)). Citando [Isaías 61:1–2](#), Jesús proclama: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres” ([Lucas 4:18](#)). El aceite era usado desde el principio para ungir primero a los sacerdotes de *Yahwé* y después a los reyes y los profetas. Es el símbolo de la consagración del creyente por parte de Dios, al servicio del reino de Dios. En su primera Carta, Juan advierte a los creyente acerca de los anticristos:

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas ... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

[1 Juan 2:20, 27](#)

Cuando recibimos la unción del Espíritu de verdad, que hace brotar ríos de agua viva desde nuestro ser interior, recibimos poder para servir a Dios. En el Espíritu Santo, el agua y el aceite sí se mezclan.

La paloma. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús en la forma de una paloma en los cuatro relatos del Evangelio.² La paloma es un arquetipo de delicadeza y paz. El Espíritu Santo habita en nosotros. No nos posee. Nos ata a sí en el amor, en contraste con las cadenas de los hábitos pecaminosos. Es delicado. Nos da la paz en medio de las tormentas de la

vida. Aun en sus relaciones con los pecadores, es delicado, como vemos por ejemplo en la forma en que llama a la vida a la humanidad por medio de ese clamor hermoso, pero adolorido, que hallamos en [Ezequiel 18:30–32](#): “Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis.”

Los títulos y símbolos del Espíritu Santo nos proporcionan las claves para comprender su obra a favor nuestro. Los usaremos como puntos básicos para el estudio de la obra del Espíritu Santo.

11.2 LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Existen varias concepciones incorrectas de la obra del Espíritu Santo. Algunas de ellas han echado raíces en la religión popular y de manera más amplia en las doctrinas populares de la Iglesia. La religión popular es la forma en que practicamos nuestra vida diaria en Cristo. Es una mezcla de elementos normativos y no normativos. Los elementos normativos son doctrinas bíblicas correctas sobre lo que se debe creer, y lo que no. Los elementos no normativos son comprensiones equivocadas de las doctrinas bíblicas, y elementos no bíblicos que se han introducido desde la cultura general en la que vive el cristiano.

Nadie comprende por completo al Dios infinito, o a su infinito universo, ni conoce y comprende perfectamente todas las palabras de la Biblia. Todos seguimos siendo discípulos (literalmente, “aprendices”). Como criaturas finitas que somos, no nos debería sorprender el darnos cuenta de lo totalmente necia que es la afirmación de que hemos llegado a comprender por completo al Dios infinito. Dios sigue obrando en su Iglesia y con cada uno de nosotros, transformándonos en la imagen de Cristo. La doctrina de la santificación *progresiva* se refiere directamente a este tema.¹ Los cristianos necesitan evitar el desaliento, al mismo tiempo que aceptan alegremente la meta de conocer y experimentar más plenamente a Dios cada día.

11.2.1 Antes del día de Pentecostés

“Saquemos por completo de nuestra mente la impresión de que el Espíritu Santo no vino a este mundo hasta el día de Pentecostés.”¹ Tengamos en cuenta la profecía de [Joel 2:28–29](#)² y la cita de ella que

hace Pedro en [Hechos 2:17–18](#).

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras *hijas*; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los *siervos* y sobre las *siervas* derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos, y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.

Notemos que la promesa no se refiere a un cambio en la actividad, o en la calidad de actividad del Espíritu de Dios. Lo que se profetiza es un cambio en la cantidad, o amplitud de la actividad. Vemos claramente la naturaleza radical de la promesa en la inclusión de los esclavos y las esclavas. Una cosa es que *Yahwé* derrame su Espíritu en los hijos, los jóvenes y los ancianos entre los ciudadanos libres de Israel. En cambio, derramar su Espíritu en los que son propiedad de la casa, es algo muy distinto. En Joel vemos una de las primeras afirmaciones abiertas sobre este principio. (Véase [Gálatas 3:28](#): “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer.”)

La fe original de Israel era una fe inclusiva. Sin embargo, en [Éxodo 12:43–45](#) se indica con claridad que ningún extranjero podía comer de la Pascua. ¿Qué debía hacer el jefe de familia si su esclavo de origen extranjero quería celebrar la Pascua? Tenía que circuncidar al esclavo. Ningún incircunciso, fuese trabajador temporal o extranjero residente en la casa, podía unirse a la celebración a menos que él también se sometiese a la circuncisión. “Mas si algún extranjero morare contigo, y quisiere celebrar la pascua para Jehová, séale circuncidado todo varón, y entonces la celebrará, y será como uno de vuestra nación; pero ningún incircunciso comerá de ella. La misma ley será para el natural, y para el extranjero que habitare entre vosotros” ([Éxodo 12:48–49](#)).

Dos ejemplos prominentes son Doeg el edomita y Urias el hitita ([1 Samuel 22:9](#); [2 Samuel 11:1–26](#)).¹ Estos hombres y sus familias habían entrado a formar parte del pacto entre los hijos de Israel, aunque se expresa llanamente su linaje no israelita. La circuncisión y la obediencia a la ley eran señales de que ellos aceptaban a *Yahwé* como Dios suyo, y *Yahwé* los aceptaba a ellos. Con todo, Dios manifiesta claramente que la circuncisión externa ha de ir acompañada por la circuncisión del corazón ([Deuteronomio 10:16](#); [30:6](#); véase [Jeremías 9:26](#)). En [Deuteronomio 29:18–22](#) se nos advierte que si se toma una decisión para esconderse bajo la protección del pacto, tanto el que la tome, como la comunidad, sufrirán

como consecuencia de un menosprecio muy arbitrario por el pacto de *Yahwé*. La derrota en Hai y la destrucción posterior de Acán y de su familia son un vívido testimonio de esto ([Josué 7:1–26](#)).

Desde los primeros capítulos del Génesis hasta el Nuevo Testamento, se ve claro el anhelo de Dios de lograr una relación personal con cada ser humano en particular, y no sólo con la comunidad del pacto. El encuentro de Samuel con Dios en [1 Samuel 3:1–21](#) indica que las diferencias entre crecer en la iglesia y nacer de nuevo son tan claras en el período del Antiguo Testamento, como lo son hoy.² Samuel “ministraba en la presencia de Jehová”, y “crecía delante de Jehová”, “acepto delante de Dios y delante de los hombres”. Sin embargo, “Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada” ([1 Samuel 2:18, 21, 26; 3:7](#)).

La palabra hebrea que traducimos “conocer” es *yadá*. Este vocablo toma con frecuencia el significado de conocer por experiencia, por oposición a conocer datos sobre la historia. Dar a conocer a *Yahwé* por experiencia personal era la labor del Espíritu Santo en la vida de los santos del Antiguo Testamento, como lo es en la vida de los santos del Nuevo. Como señala claramente [Hebreos 11](#), todos aquéllos que han sido salvos en todos los momentos de la historia lo han sido por fe, ya sea que esperasen las promesas que aún no veían, o que contemplasen la resurrección de Jesús en el pasado.³

Debemos tener en cuenta una importante distinción. En la iglesia del Nuevo Testamento, Dios indica con claridad que la circuncisión externa ya no es necesaria como señal de inclusión en ella. El relato de Cornelio y Pedro en [Hechos 10](#) ilustra la realización de la profecía de Joel y la obra del Espíritu Santo. Tanto Cornelio como Pedro tuvieron una visión. La llegada de los mensajeros de Cornelio le dio a Pedro seguridad sobre la validez de la suya. Sin embargo, esta validez no fue apropiada para la iglesia de Jerusalén. La familia de Cornelio era reconocida como “piadosa y temerosa de Dios” ([Hechos 10:2](#)). Sin embargo, Pedro se siente obligado a decirles: “Vosotros sabéis cuan abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero” ([Hechos 10:28](#)). Aunque se trataba de una interpretación incorrecta de la ley, era parte de la doctrina popular en la iglesia predominantemente judía que habría de poner a prueba la visión de Pedro.

Dios actuó en la historia, derramando el Espíritu Santo sobre la familia de Cornelio. Antes de que Pedro le pudiese preguntar: “¿Crees en este evangelio?”, el Espíritu Santo respondió la pregunta con un

derramamiento de sí mismo. Muchos en la Iglesia les habrían negado el bautismo en agua a esta familia, hasta que Cornelio y todos los varones se circuncidaran, cosa que no hizo el Espíritu Santo.

Los creyentes circuncisos que acompañaron a Pedro para probar su visión se quedaron atónitos ante el derramamiento del Espíritu Santo sobre esta familia gentil. Sin embargo, tuvieron suficiente sentido común como para aceptar la obra del Espíritu Santo como la única señal adecuada de que habían quedado incluidos en la Iglesia. Esta obra del Espíritu Santo incluye su inhabitación al ser salvos, y el subsiguiente bautismo en el Espíritu Santo.¹

La profecía de Joel choca con otro concepto prevalente en el Israel antiguo. La conducta dinámica asociada con los verdaderos profetas de *Yahwé* era una de las señales del oficio profético. A veces se llama “éxtasis” a esto, pero es totalmente distinto al comportamiento extático de los profetas paganos, que se sumergían a sí mismos en un frenesí más allá de toda razón y control de sí mismo.² Los verdaderos profetas recibían su poder del Espíritu Santo y se alzaban hasta una dinámica cima de gozo en la presencia de Dios, o quizá a una profunda preocupación por los perdidos. En ocasiones, estas profundas experiencias emotivas los llevaban a reír, cantar, llorar, yacer en el suelo o danzar en el Espíritu.³

En el Antiguo Testamento se ve esta conducta dinámica como consecuencia de que el Espíritu de Dios descansa sobre una persona (Números 11:26) o viene con poder sobre ella (1 Samuel 10:6, 11; 19:23–24). Este tipo de conducta, aunque es la que se esperaba de un profeta, causaba preocupación, y se convertía en motivo de comentarios cuando lo manifestaba alguien que no era profeta. Josué le suplicó a Moisés que les impidiese a Eldad y Medad que profetizaran en el campamento. Moisés le contestó: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Números 11:28–29).

Saúl tuvo dos experiencias extáticas. La primera tuvo lugar en Gabaa. Cuando Saúl se encontró con la compañía de los profetas que Samuel le había dicho que encontraría, comenzó a profetizar junto con ellos. Esta experiencia en el Espíritu fue acompañada por un cambio de corazón. Saúl se convirtió en otra persona. Los que lo veían, preguntaban atónitos: “¿Saúl también entre los profetas?” (1 Samuel 10:6–12). Ahora Saúl *conocía* a Dios. Su segundo encuentro tuvo lugar en Naiot, y fue de una clase distinta. Fue consecuencia de su resistencia al Espíritu, de manera que se despojó de sus vestiduras reales y permaneció tirado en el suelo todo el día y toda la noche ante Samuel, reforzando el dicho: “¿También

Saúl entre los profetas?” (1 Samuel 19:23–24).

Este tipo de conducta por parte de los profetas y de las compañías de sus seguidores no era una especie de maratón para predecir sucesos futuros. Gran parte de esta dinámica profecía, acompañada frecuentemente con música, parece haber sido en alabanza de *Yahwé*.

Lamentablemente, este tipo de conducta tenía su lado oscuro. Los profetas de la cultura religiosa circundante en el Medio Oriente antiguo exhibían un tipo de conducta extático. También llegaban a participar en actos de automutilación, en frenéticos intentos por producir un trance religioso o conseguir la atención de sus dioses. Un ejemplo de esta conducta por parte de los profetas de Baal, lo encontramos en 1 Reyes 18:28–29. La misma palabra hebrea, *nabá* (profetizar), usada para designar la actividad de los profetas de Baal (v. 29) es usada para los profetas de *Yahwé*.¹ Naturalmente, esto les causaba gran confusión a los israelitas.² ¿Era la automutilación una conducta adecuada para los profetas de *Yahwé*?

Si dos profetas de *Yahwé* tenían mensajes diferentes, ¿a cuál se debía creer? ¿Sobre cuál de ellos descansaba el Espíritu de Dios? Tenemos que recordar que los cuatrocientos profetas que se opusieron a Micaías ante Acab y Josafat se identificaban como profetas de *Yahwé*, no de Baal (1 Reyes 22). La conducta extática no podía garantizar que el profeta tuviera la “palabra del Señor”. Era posible que aquel profeta sólo tuviera la palabra de sus propias ilusiones, o la palabra que sus oyentes querían oír. Como consecuencia, hallamos en Zacarías 13:2–6 un repudio de estos falsos profetas, de sus intentos por identificarse como profetas por medio de unos ropajes distintivos, y de su conducta extática, incluyendo la automutilación.

Después vemos, en la profecía de Joel, una expansión de la actividad del Espíritu Santo, y no un cambio en su calidad. Desde el Edén hasta hoy, Dios ha anhelado tener comunión con la humanidad. La idea de que el Espíritu Santo estaba inactivo en los laicos del Antiguo Testamento es infundada. La actividad del Espíritu Santo en sus vidas es paralela a su identificación con la vida de los que Él mismo ha traído a la salvación en la Iglesia. El Espíritu les cambia el corazón a las personas y las hace diferentes. Existe otro paralelo entre la venida del Espíritu sobre una persona, cuya consecuencia es la entrega de poder para un oficio o ministerio, y la llenura del Espíritu Santo en la Iglesia. Roger Stronstad ha señalado que una de las razones por la que los creyentes son “lentos del Espíritu Santo” es equiparlos para que cumplan el ministerio profético de

proclamar la voluntad y los planes de Dios para la Iglesia y para el mundo.¹ Es posible que esto comprenda una conducta poco frecuente. Aunque no sea así, ser lleno del Espíritu constituye una experiencia cumbre emocional, física y religiosa, con un propósito concreto. Sin embargo, no nos es posible vivir de manera continua en esa cumbre día tras día. El motivo de la inhabitación del Espíritu Santo en la salvación es mantenernos a un nivel estable un día tras otro, momento tras momento, particularmente después de las experiencias en que el Espíritu Santo desciende sobre nosotros “con poder”.

11.2.2 En el movimiento pentecostal

La continuidad de la obra del Espíritu Santo a lo largo de la historia del pueblo de Dios fue el tema central de la sección anterior. Aunque su actividad ha aumentado en cantidad a medida que ha crecido la Iglesia, es el mismo Espíritu Santo el que obra en el mundo de hoy, y el que estaba obrando en el mundo anterior al día de Pentecostés. Sin embargo, debido a la revelación progresiva, y a la comprensión progresiva, nuestro grado de comprensión acerca de la obra del Espíritu debería ser más alto. Tenemos todo el canon de la Biblia y dos mil años de historia para obtener ese conocimiento. Por esta razón, la Iglesia de hoy tiene una clara ventaja sobre la de la época en que se escribió el Nuevo Testamento.

Durante los primeros años del movimiento pentecostal, generalmente hacerse pentecostal equivalía a ser sacado de su denominación original para entrar en una de las comunidades pentecostales. Aún hoy, hay algunos pentecostales clásicos que expresan su consternación ante la idea de que una persona pueda estar bautizada en el Espíritu Santo, se identifique como cristiano carismático y, sin embargo, permanezca en una iglesia tradicional protestante, católica u ortodoxa. Aunque la sana doctrina es indispensable en el proceso de santificación, da la impresión de que el Espíritu Santo está más interesado en lo que hay dentro del corazón de una persona, que en el sistema teológico de dicha persona. De no ser así, ¿cómo podríamos explicar el bautismo en el Espíritu Santo del que disfrutaban tanto los pentecostales unitarios como los trinitarios, sin mencionar a los que se hallan en la renovación carismática? Dios nos toma tal como somos, nos salva, habita en nosotros y nos bautiza. Entonces, su Espíritu Santo nos comienza a transformar en la imagen de Cristo.

Pablo nos dice que si estamos dispuestos a confesar con la boca que Jesús es el Señor, y creemos realmente que Dios lo levantó de entre los muertos, seremos salvos, porque cuando creemos en nuestro corazón,

somos justificados. Cuando confesamos que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, somos salvos (**Romanos 10:9–10**). Pablo sigue diciendo que nadie puede “llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (**1 Corintios 12:3**). Pablo no está diciendo que les sea imposible a los hipócritas y a los falsos maestros pronunciar las palabras “Jesús es Señor”. Ahora bien, decir que Jesús es verdadero Señor (lo que significa que estamos comprometidos a seguirlo y hacer su voluntad, en lugar de seguir nuestros propios planes y deseos) requiere la inhabitación del Espíritu Santo; el nuevo corazón y el nuevo espíritu del que habla Ezequiel 18:31. Nuestro propio ser confiesa que Jesús es Señor, cuando el Espíritu Santo comienza a transformarnos a imagen de Dios. La transformación interna constituye para la persona una señal de que es miembro del Cuerpo de Cristo. La manifestación externa de la transformación, aunque varíe de una persona a otra, es una señal para la Iglesia.

Se ha ido desarrollando un problema relacionado con la actividad del Espíritu Santo como señal de inclusión en el Cuerpo de Cristo entre los jóvenes de tercera y cuarta generación dentro del movimiento pentecostal tradicional. En las iglesias pentecostales, las posiciones de autoridad sólo están disponibles para aquéllos que puedan testificar que han sido bautizados en el Espíritu Santo con la evidencia física inicial de las lenguas. Esto está de acuerdo con la Biblia (**Hechos 6:3, 5**) y es un punto fuerte importante del movimiento pentecostal.¹ Sin embargo, tiene un peligroso efecto secundario en los que se saben salvos. Experimentan el poder continuamente transformador del Espíritu Santo en su vida y, sin embargo, se sienten ciudadanos de segunda clase. Para ellos, el bautismo en el Espíritu Santo se convierte en algo socialmente necesario que se debe lograr, en lugar de un anhelo por una relación espiritual más profunda que es inaugurada con el bautismo en el Espíritu Santo.²

Esto hace mucho más importante el que insistamos en que la actividad del Espíritu Santo en los creyentes, ya sea en cuanto a la salvación, o en cuanto al bautismo, es sobre todo una señal para el individuo, más que para la congregación. Muchas personas son salvadas en su oración privada en un momento en que están solas. Lo mismo es cierto en cuanto a los que son bautizados en el Espíritu en un lugar de oración privado. Aun cuando hayamos sido salvos y bautizados en una reunión pública, ¿cuántas de las personas que asistieron a esa reunión recordarán lo que nos sucedió al cabo de unas cuantas semanas, o meses, o años? Si nos trasladamos a un lugar donde nadie nos conoce, los creyentes de ese lugar no han sido testigos de lo que nos ha sucedido. Deben confiar en el testimonio que demos con nuestra palabra y nuestra vida sobre la actividad del Espíritu Santo en nosotros.

11.2.3 Como Consolador

Tal como observamos en el estudio sobre los títulos del Espíritu Santo, éstos nos proporcionan claves para comprender su Persona y obra. La obra del Espíritu Santo como Consolador comprende su papel como el Espíritu de verdad que habita en nosotros (Juan 14:16; 15:26), como Maestro de todas las cosas, como Aquél que nos recuerda todo cuanto Cristo ha dicho (14:26), como el que dará testimonio a favor de Cristo (15:26), y como el que convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio (16:8).³ Nunca valoraremos lo suficiente la importancia de estas funciones. El Espíritu Santo en nosotros comienza a aclarar las creencias erróneas, incompletas y desordenadas sobre Dios y su obra, sus propósitos, su Palabra, y sobre el mundo, que traemos con nosotros a nuestra relación con Dios. Tal como afirmara Pablo, es una obra para toda la vida, que nunca se verá terminada de este lado del velo (1 Corintios 13:12). Vemos claramente que el Espíritu Santo es más que alguien dedicado a consolarnos en nuestras aflicciones; Él es también quien nos guía hacia la victoria sobre el pecado y la angustia.¹ El Espíritu Santo habita en nosotros para terminar la transformación que comenzó cuando fuimos salvos. Jesús vino a salvarnos *de* nuestros pecados; no *en* ellos. Él vino a salvarnos de algo más que del infierno en la otra vida; vino a salvarnos del infierno en esta vida; el que causamos debido a nuestros pecados. Jesús obra para realizar esto por medio de la actuación del Espíritu Santo.

11.2.4 Como Maestro

El Espíritu Santo puede y quiere ayudar a todo creyente para que interprete y comprenda correctamente la Palabra de Dios y su obra continua en este mundo. Él es quien nos guiará a toda verdad. Sin embargo, esta promesa exige trabajo de nuestra parte también. Debemos leer la Biblia cuidadosamente y en espíritu de oración. Dios nunca pretendió que fuera un libro difícil de entender para los suyos. Sin embargo, a menos que estemos dispuestos a cooperar con el Espíritu Santo, a base de aprender y aplicar reglas sólidas de interpretación, nuestra comprensión de la Biblia, que es nuestra regla infalible de fe y conducta, estará repleta de errores. El Espíritu Santo nos conducirá a toda verdad a medida que leamos y estudiemos *cuidadosamente* la Biblia bajo su dirección.

Una de las verdades que nos enseña el Espíritu Santo es la de que no nos es posible recitar una fórmula mágica al estilo de “Ato a Satanás; ato mi mente; ato mi carne. Ahora, Espíritu Santo, creo que los pensamientos

y palabras que vengan a continuación procederán todos de ti”. No podemos usar encantamientos mágicos para ejercer cohecho sobre Dios. Juan exhorta a la Iglesia a “probar los espíritus si son de Dios” (1 Juan 4:1). Esto significa que debemos permitir que el Espíritu de verdad nos guíe en la tarea de interpretar la Palabra de Dios, y que necesitamos confrontar todos nuestros pensamientos y los de otros con las Escrituras. Aquí hay un verdadero peligro. Un autor afirma en la cubierta de su libro: “Este libro fue escrito en el Espíritu.”¹ Otro declara acerca de su libro: “Predicciones correctas al ciento por ciento acerca de las cosas futuras.”² La tarea del lector, con la ayuda del Espíritu Santo, consiste en seguir el ejemplo de los hermanos de Berea, que son elogiados por Él a través de Lucas porque “escudriñaban cada día las Escrituras para ver si estas cosas [dichas por Pablo] eran así” (Hechos 17:11). Todo creyente debe leer, probar y comprender la Palabra de Dios y las enseñanzas acerca de esa Palabra. El creyente puede hacer esto con confianza, sabiendo que el Espíritu Santo que habita en cada uno de nosotros nos guiará a toda verdad.

Hay otro aspecto más de la obra del Espíritu Santo como maestro. Esa obra consistió en preparar a Jesús, el Hijo de Dios encarnado, para su labor como Rey, Sacerdote y Cordero para el sacrificio. El Espíritu Santo descendió sobre María y la cubrió con su sombra, engendrando a Jesús, el Hijo de Dios. Fue Él también quien le hizo de maestro a Jesús siendo éste niño, de tal manera que a los doce años fue capaz de dejar asombrados a los maestros en el templo. “Se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él” (Lucas 2:40). Después de su bautismo en el Jordán, Jesús, a quien se describe como lleno del Espíritu Santo, batalló con el adversario durante cuarenta días (Lucas 4:1–13). Siguió su vida lleno del Espíritu Santo. Como consecuencia, cuando el diablo buscaba un “momento oportuno” para volverlo a tentar, los resultados eran los mismos. Jesús “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15; véase también 2:10–18). Si estamos llenos del Espíritu Santo cuando luchamos con nuestra carne y con el Adversario, nosotros también podremos obtener la victoria sobre la tentación por medio del Espíritu mismo. Cristo vino a salvarnos de nuestros pecados; no en ellos.

El Espíritu Santo estaba activo en el ministerio de Jesús y de sus discípulos. Estaba en acción en la predicación y los milagros de los doce discípulos, y también en los de aquellos setenta y dos que Jesús envió a predicar el reino de Dios.³

Otro aspecto de esta tarea es la ayuda que nos da el Espíritu para que recordemos todo lo que Jesús ha dicho. Sólo podemos recordar aquellas

cosas que hemos conocido, y quizá olvidado por causa de la falta de uso. Esta ayuda del Espíritu Santo nos exige a los creyentes que estudiemos y aprendamos de memoria la Palabra, con la seguridad de que el Espíritu nos recordará todo cuanto Jesús ha dicho cuando lo necesitemos.¹ Los que se deleitan en la Palabra de Dios y meditan en ella, descubrirán que son como árboles plantados junto a una corriente de agua (**Salmo 1:2-3**). En **Lucas 24:6-8** se les pregunta a los discípulos por qué están buscando entre los muertos al que vive. Sin duda, el Espíritu utilizó las palabras de los mensajeros para ayudarlos a recordar las palabras de Jesús. En **Juan 2:19**, Jesús dice: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” Nadie comprendió lo que Él quería decir, hasta después de que “resucitó de entre los muertos”. Entonces, “sus discípulos se acordaron de que había dicho esto” (v. 22). **Juan 12:16** es un ejemplo parecido de esta obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es también el maestro de los no creyentes. En esta función, el Espíritu (dicho con palabras de Jesús) convence al mundo “de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (**Juan 16:8-11**). Esto se relaciona directamente con la labor que realiza el Espíritu Santo para atraer a todas las personas a la salvación. En **Juan 14:6**, Jesús afirma: “Nadie viene al Padre, sino por mí.” **Juan 6:44** establece: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.” Es el Espíritu Santo el que atrae a todo ser humano a Dios, aunque muchos rechacen esa atracción. Él no se cansa nunca de su llamado incesante: “¿Por qué moriréis ...? Convertíos, pues, y viviréis.”²

11.2.5 Para dar testimonio de Cristo

La actividad del Espíritu Santo como el que da testimonio de Cristo comienza en el Antiguo Testamento y continúa hasta nuestros días. Fue el Espíritu Santo quien inspiró a los profetas del Antiguo Testamento mientras escribían las profecías sobre el Mesías que habría de venir. Esto no significa que el autor humano original, o sus destinatarios, tanto inmediatos como posteriores, reconociesen o comprendiesen siempre de manera total el significado de lo que estaban escribiendo o leyendo. **Isaías 11:1-2** es un buen ejemplo de profecía mesiánica fácilmente reconocible:

Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.

Otros pasajes, como [Isaías 53](#) y el [Salmo 110:1](#), exigen mayor ayuda de parte del Espíritu Santo, y hasta cierto punto la comprensión de alguien situado después de la resurrección. Está claro que ni los discípulos ni los fariseos habían reconocido al Mesías sufriente, ni lo estaban buscando tampoco.

Lucas nos informa que el Espíritu Santo dio testimonio de que se acercaba la venida de Cristo, por medio de Juan el Bautista, de sus padres, de María, y de Simeón y Ana en Jerusalén (véase Lucas 1–3). En [Juan 16:13–15](#), Jesús afirma que la obra del Espíritu Santo no es hablar por sí mismo, sino sólo aquello que el Padre y el Hijo le indican que diga.

11.2.6 Como promesa

Es difícil sugerir que alguno de los títulos o motivaciones el Espíritu Santo sea más importante que otro. Todo lo que hace el Espíritu es vital para el reino de Dios. Sin embargo, hay una motivación central, una función básica del Espíritu Santo, sin la cual todo cuanto se ha dicho de Él hasta este momento sería en vano: el Espíritu Santo es el depósito que garantiza nuestra herencia futura en Cristo.

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

[Efesios 1:13–14](#)

¿Qué es lo que garantiza la obra del Espíritu Santo en nuestra vida y en la vida de la Iglesia?

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu.

[2 Corintios 5:1–5](#)

(véase también [2 Corintios 1:22](#); [Efesios 4:30](#))

Por medio del Espíritu Santo llegamos a conocer a Dios por

experiencia propia, como en la palabra hebrea *yadá*, “conocer por experiencia”. Nuestra experiencia con el Espíritu Santo nos sirve de prueba de la resurrección de Cristo. Tal como Pablo afirmaba en [1 Corintios 15](#), si Cristo no ha resucitado de entre los muertos, entonces nunca habrá una resurrección, y todas nuestras creencias en Dios y en la salvación son mentiras. Como observamos con respecto a Samuel, hay una diferencia entre saber cosas acerca de una persona o de Dios, y conocer a una persona o a Dios porque nos hemos encontrado personalmente y hemos experimentado su presencia.

Tener un conocimiento intelectual del contenido de la Biblia *no es conocer a Dios*. Muchos teólogos y comentaristas de la Biblia, algunos de los cuales conozco personalmente, y otros sólo a través de sus escritos, saben más acerca de la religión, la historia de la Iglesia, el contenido de la Biblia y la teología, que muchos de los que se llaman cristianos. Sin embargo, nunca se han rendido al llamado del Espíritu Santo sobre su vida; ni siquiera lo han reconocido. No tienen experiencia de Dios en su vida. Creen que si ellos no han experimentado a Dios, entonces nadie lo ha experimentado jamás. Por tanto, niegan la existencia de Dios y denuncian a los cristianos por interpretar sus experiencias subjetivas como la actividad de Dios en su vida. Declaran que no hay evidencia alguna de la actividad divina en el universo. Todo no es más que causas y efectos naturales. No obstante, todo esto se basa en su falta subjetiva de actividad divina.

Ahora podemos comenzar a apreciar lo importante que es la obra del Espíritu Santo como señal para el creyente de su inclusión en el Cuerpo de Cristo, más aún que para la Iglesia. El Espíritu Santo no sólo verifica la resurrección, sino que también, por extensión, verifica la veracidad de las Escrituras. Sin las arras (“primer pago”) del Espíritu Santo, que nos enseñe, nos guíe a toda verdad y nos dé testimonio de Cristo, no habría Iglesia alguna hoy, porque no habría evangelio que predicar.

11.3 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Por qué es importante que todos los cristianos conozcan los elementos de la religión popular y el papel que esta religión popular juega en la vida diaria del cristiano?
2. ¿Cuál es la diferencia entre la actividad del Espíritu Santo prometida en [Joel 2:28–29](#) y la prometida en [Hechos 2:17–18](#)?
3. ¿Qué aspectos de la promesa del Espíritu harían que les pareciese

radical a los oyentes originales de esta profecía?

4. ¿Cuáles son las principales diferencias y similitudes entre la circuncisión y el bautismo en el Espíritu Santo como señales de inclusión dentro del pueblo de Dios?
5. ¿Estaría usted de acuerdo, o en desacuerdo con respecto a la idea de que el bautismo en el Espíritu Santo y la inhabitación del Espíritu son, en primer lugar, una señal para el individuo, más que para la Iglesia? ¿Por qué?
6. ¿Por qué es tan importante la función del Espíritu Santo como garantía de la resurrección? Mencione algunas de las consecuencias de esta función del Espíritu Santo.
7. El papel del Espíritu Santo como maestro de todas las cosas exige ciertas acciones y actitudes por parte del estudiante. Mencione algunas de estas exigencias y comente sobre su importancia para la comprensión correcta de la Biblia y de sus doctrinas.
8. Comente la importancia del uso de la Biblia al probar afirmaciones acerca de la teología, la profecía y la operación de los dones del Espíritu. ¿Dará el Espíritu alguna vez indicaciones que sean contrarias a enseñanzas claras de las Escrituras?

¹ Podemos ver algunos extremos de los montanistas, el primer gran reto a la iglesia católica, en Stanley Burgess, *The Spirit and the Church: Antiquity* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, Inc., 1984), pp. 49–53.

² Esto mismo es cierto con respecto a todo el que sugiera que la palabra dinámica y viva del Espíritu Santo debe tomar precedencia sobre la palabra escrita. Véase Mark D. McLean, “Toward a Pentecostal Hermeneutic”, *Pneuma* 6:2 (otoño de 1984), p. 36, n° 9.

³ Sallie McFague, *Models of God: Theology for an Ecological, Nuclear Age* (Filadelfia: Fortress, 1987), p. ix. Véase Gordon Kaufman, “Nuclear Eschatology and the Study of Religion”, *Harvard Divinity Bulletin* 13:3 (febrero/marzo de 1993), pp. 6–10.

⁴ Véase *A New Concordance of the Old Testament*, editor, Abraham Even-Shoshan (Jerusalén: “Kiryat Sefer” Publ., 1989), pp. 1063–1066. El *New Brown-Driver-Briggs-Gesenius Hebrew and English Lexicon* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1979; desde este momento, **BDB**) dice con respecto a las investigaciones sobre la raíz original y el significado de ‘el y ‘elohim: “La cuestión es intrincada y las conclusiones dudosas.” Sin embargo, ésta es la base de su traducción “viento poderoso”. Véase también Stanley M. Horton, *El Espíritu Santo revelado en la Biblia* (Editorial Vida, 1980).

1 Este mismo problema aparece con respecto a las doctrinas de la encarnación y de la inspiración.

2 Uso la expresión “teología escolástica” para referirme a las teologías tradicionales que hacen resaltar la trascendencia de Dios, hasta casi llegar a excluir su immanencia. Esto se apoya notablemente en Agustín, como les sucede tanto al escolasticismo católico como al protestante. En contraste con esto, lo que llamo “teología de púlpito” se refiere al concepto del Emanuel, la inhabitación del Espíritu Santo en cada creyente, el mensaje de que Dios cuida de nosotros individualmente, y está activo en la historia a favor de los suyos. Véase Mark McLean, “Transcendence, Immanence and the Attributes of God”, *Papers of the Twenty-second Annual Meeting of the Society of Pentecostal Studies*, 2 vols. (noviembre 12–14, 1992), vol. 2, R1–34.

1 Tengamos en cuenta que ésta es una pregunta cuya única respuesta es “Nadie”. No es una comparación.

2 Algunos autores hablan de los nombres, títulos y símbolos del Espíritu Santo dentro del estudio sobre la Trinidad; otros colocan este tema dentro de la doctrina del Espíritu Santo. Véase J. Rodman Williams, *Renewal Theology*, vol. 2 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1990), pp. 139–148; Guy P. Duffield y Nathaniel M. Van Cleave, *Foundations of Pentecostal Theology* (Los Ángeles: L.I.F.E. Bible College, 1983), pp. 107–114; y Myer Pearlman, *Knowing the Doctrines of the Bible* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1937), pp. 281–290.

3 Sin embargo, la expresión “Espíritu Santo” aparece en el [Salmo 51:11](#) y en [Isaías 63:10–11](#).

4 Véase Timothy Ferris, *Coming of Age in the Milky Way* (Nueva York: Wm. Marrow, 1988), pp. 61–101, donde hay un interesante resumen de los descubrimientos de Copérnico y de Galileo, y la hostilidad con la que se enfrentaron. Sin embargo, debemos hacer la observación de que en la Biblia, la “revelación progresiva” no es cuestión de reemplazar el error con la realidad. Más bien, se trata de añadir más verdad y comprensión a la verdad ya presentada.

1 Esto es una declaración de fe de la iglesia cristiana.

2 La cuestión de si se debe considerar el vocablo *Yahwé* como Hifil o Qal del verbo *hyh* se sigue discutiendo. La teología escolástica tiende más hacia el Qal. Esto lo trata como una declaración de permanencia en el ser: “Aquél que es”. La teología de púlpito tiende hacia el Hifil, o radical causativo, más dinámico: “Aquél que crea”. Véase [BDB](#). p. 218.

3 Gr. *parákletos*, con el significado básico de “Ayudador”. Véase Stanley M. Horton, “Paraclete”, *Paraclete* 1:1 (invierno de 1967), pp. 5–8.

1 Los pentecostales rechazan la idea de que los símbolos religiosos sólo funcionan para proporcionarles sustancia a las ideas abstractas creadas por los seres humanos. Dios, Jesús y la Torá son más que simples invenciones humanas que se puedan desarmar y reconstruir para complacer los gustos y las suposiciones previas de una sociedad humana, sea cual fuere. Véase Kaufman, “Nuclear Eschatology”, pp. 7–8.

1 Horton, *El Espíritu Santo revelado en la Biblia*.

2 Se debe hacer también la observación de que la paloma era el sustituto del cordero para las personas pobres, e identificaba a Jesús como el Cordero de Dios, que quita el pecado por medio de su sacrificio en el Calvario.

1 Capítulo 12. Véase también William W. Menzies y Stanley M. Horton, *Bible Doctrines: A Pentecostal Perspective* (Springfield, Mo.: Logion Press, 1993), pp. 145–154. Véase Pearlman, *Knowing the Doctrines*, pp. 249–267; Williams, *Renewal Theology*, pp. 83–117; Duffield, *Foundations*, pp. 236–245.

1 *Ibíd.*, p. 267.

2 Joel 3:1–2 en el texto hebreo masorético.

1 Urías significa “mi luz es *Yahwé*”.

2 No estoy tratando de hacer un anacronismo. Hay un claro paralelo entre lo que se llama “conocer al Señor” en el Antiguo Testamento y la idea de “nacer de nuevo” en el Nuevo.

3 Véase en el capítulo 10 un estudio sobre la salvación en el Antiguo Testamento.

1 Pearlman, *Knowing the Doctrines*, pp. 306–307; Duffield, *Foundations*, pp. 276–284; “The Holy Spirit bears witness to the believer’s sonship”, p. 277.

2 Hobart E. Freeman, *An Introduction to Old Testament Prophets* (Chicago: Moody Press. 1969), pp. 58–66.

3 Los primeros pentecostales no se ganaron el apodo de “santos revolcones” como un elogio por sus cultos graves y formales. Ahora bien, donde hay “fuego” siempre está el peligro del “fuego fuera de control”. Lamentablemente, hay quienes se han llegado a preocupar tanto por el fuego fuera de control, que no permiten que haya fuego alguno.

1 Sin embargo, tengamos en cuenta el contraste con la dignidad y sencillez de la oración de Elías, que hizo caer fuego del cielo (1 Reyes 18:36–38). Los verdaderos profetas nunca imitaban el éxtasis de los falsos profetas, o de los profetas de Baal.

2 En 2 Reyes 9:11–12 se refleja la actitud ambivalente del pueblo con respecto a los profetas. Los siervos de Jehú le preguntaron: “¿Hay paz? ¿Para qué vino a ti aquel loco?” Jehú les contestó: “Vosotros conocéis al hombre y sus palabras.” No obstante, los siervos se apresuraron a tocar la trompeta y proclamar rey a Jehú cuando oyeron lo que aquel “loco” había dicho.

1 Roger Stronstad, “ “Filled with the Holy Spirit” Terminology in Luke-Acts”, en *The Holy Spirit in the Scriptures and the Church*, editores, Roger Stronstad y Laurence M. Van Kleek (Clayburn, B.C., Canadá: Western Pentecostal Bible College, 1987), pp. 1–13.

1 Véase en el capítulo 13 un amplio estudio de los temas relacionados. Baste con hacer la observación de que donde el bautismo en el Espíritu Santo se convierte en algo visto como

bueno, pero no necesario, termina por desaparecer.

2 Aunque no puedo estar de acuerdo con la doctrina de que la persona no es salva mientras no haya recibido el bautismo en el Espíritu Santo con la evidencia física inicial de las lenguas, ciertamente esta doctrina hace desaparecer la ambigüedad en la persona con respecto a su lugar dentro del Cuerpo de Cristo.

3 La palabra *parákleto* es traducida como “Consolador” en la *RV*, y como “Consejero” en otras versiones. En estos versículos, el significado se refiere a alguien que ayuda o intercede, más que a alguien que ofrece consejo legal u oficios de abogado. Véase Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, 2ª ed., traducción al inglés de William F. Arndt y Wilbur Gingrich, revisada y aumentada por F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 1979), pp. 623–624.

1 Duffield, *Foundations*, pp. 285–286.

1 Heribert Mühlen, *A Charismatic Theology*, traducción al inglés por Edward Quinn y Thomas Linton (Nueva York: Paulist Press, 1978), contraportada.

2 Finis Jennings Dake, *Revelation Expounded* (Atlanta: Bible Research Foundation, 1948), p. 10. Esto fue escrito en 1926, cuando Dake tenía veinticuatro años. Fue publicado por vez primera en 1931, y de nuevo en 1948. Dake prometió que aquella obra proporcionaría “predicciones correctas al ciento por ciento acerca de las cosas futuras. Este libro responde centenares de preguntas sobre las profecías y hace surgir decenas de verdades nuevas nunca antes enseñadas en el mundo profético; verdades que predecimos que revolucionarán por completo la enseñanza profética moderna. Este libro garantiza que demostrará a partir solamente de las Escrituras en inglés las verdades siguientes: ...”

3 Me cuesta estar de acuerdo con la sugerencia de J. Roman Willams acerca de que los Doce y los Setenta no estaban “ungidos” por el Espíritu Santo mientras predicaban, enseñaban, sanaban y echaban fuera demonios. Ciertamente, la unción de estos discípulos no sería menor que la que tenían los profetas del Antiguo Testamento cuando proclamaban la palabra de Dios y hacían milagros por medio del Espíritu.

1 Comienzo todos los exámenes de mis estudiantes con la siguiente oración, corta, pero sincera: “Señor, ayuda a estos estudiantes a recordar todo lo que hayan estudiado.”

2 Véase [Ezequiel 18:30–32](#) y el estudio hecho anteriormente.